

REVELACIÓN

¿Y quién podrá comprender este
sufrimiento interior que me devora
como jauría de perros salvajes?
¿Quién puede contemplar la muerte
como yo la contemplo,
amenazante siempre, nunca amiga,
clavando los dientes en los entresijos de mi carne?

Tú no eres yo.
Un muro de cristal se levanta,
y, por más grietas que intente abrir
para que vislumbres
la hoguera de mi sangre,
nunca podrás vivir lo que yo vivo.
Mis lágrimas son solo mías.
Las voces que solo yo escucho
arden en mi cabeza.

Yo no soy yo.
Ese pánico inefable
de no saber quién soy, de desdoblarme
en otro yo ajeno de mí mismo.
Bailan y bailan los danzantes a mi alrededor
girando en trance
y me observo
en un espejo que nunca ha existido.

Por muy lejos que intente huir,
por mucho que arañe y golpee
la cúpula celeste,
no podré escapar
de las fronteras de mí mismo.
Soy mi único territorio, no existe

otro lugar en el mundo,
no hay refugio donde cobijarse.
Vaya donde vaya, siempre iré cargado
con mis huesos, con mi piel,
con mi mente, con mi vida.
Solo quedo, conmigo mismo.

¿Podré liberarme algún día?
Pero, ¿liberarme de qué?
¿Luchar contra qué?
Luchando, la paz nunca se consigue:
solo al dejar la lucha
se revela la paz.
Esta vida, aquí y ahora, está en mis manos.
Depende de mí.
Abrir la mano. Soltarlo todo.
Dejarlo ir. Dejarlo estar,
sin resistencias ni rechazos.

Flotando en un mar de confianza,
abandonarme...

(Pseudónimo: N. Bates)